

SECUENCIA DE ACTIVIDADES SOBRE DISCRIMINACIÓN Y DISCAPACIDAD.

Introducción: La discapacidad, muchas veces nos hace patente nuestra incapacidad para cuestionar patrones sociales. Pensar los cuerpos, su diversidad, los supuestos acerca de lo normal y lo anormal, lo bello y lo feo, lo sano y lo enfermo, nos permite cuestionar las jerarquías sociales basadas en prejuicios y jerarquías culturales.

Destinatarixs: estudiantes de escuelas secundarias y primer año de carreras universitarias.

Desarrollo:

La secuencia comienza con la presentación de dos imágenes que permiten abrir la problemática y expresar supuestos, sentimientos, opiniones. Luego se pide la visualización de un video y la visita a una página web sobre los Juegos Paraolímpicos. Toda la actividad puede hacerse en clase o puede proponerse la segunda parte como trabajo domiciliario.

Primera Parte:



Fuente: www.ansa.it

**Responde:**

1. ¿Cuáles son tus primeros pensamientos y sentimientos frente a estas fotos?
2. ¿Qué características físicas muestran en general lxs protagonistas de los Desfiles de Modas? ¿Y lxs deportistas?
3. ¿Qué nociones manejamos en la sociedad respecto de las personas con discapacidad?

Segunda Parte

Podemos visualizar en clase o pedir para que se visualice en casa el siguiente video y que se visiten las páginas web que presentamos a continuación:

<https://youtu.be/IocLkk3aYlk> (*We're The Superhumans*, Editado por el Canal 4 para los juegos Paraolimpicos de Rio, 2016)

<http://www.paradeportes.com/>

Responde:

- 1) ¿Por qué te parece que la clave del video es “Yes I can” (sí, yo puedo)? ¿Por qué eligieron esa frase más allá que demuestran esos deportistas *que pueden...*?
- 2) ¿Por qué *paralímpicos*?
- 3) ¿Qué preguntas te surgen ante las fotos y videos que muestran los links? Copialas.

ACTIVIDAD 1 B

Una vez realizada la actividad introductoria esta actividad se propone la conceptualización a través de lecturas de bibliografía. El fragmento de Le Breton se puede utilizar en clase y trabajar domiciliariamente la lectura del texto de Nancy Fraser.

Lee con atención el siguiente fragmento de Le Breton, David (2002): *La sociología del cuerpo*, Buenos Aires: Nueva Visión (p. 77 a 79)

VI. EL CUERPO "DISCAPACITADO"

La relación social que se anuda con el hombre que sufre de una discapacidad es un analizador fructífero de la manera en que un grupo social vive su relación con el cuerpo y con la diferencia. Ahora bien, una fuerte ambivalencia caracteriza las relaciones de las sociedades occidentales con los hombres que sufren una discapacidad. Ambivalencia que éste experimenta en la vida cotidiana, ya que el discurso social le afirma que es un hombre normal, miembro por entero de la comunidad, que su dignidad y valores personales no están de ningún modo mermados por su conformación física o sus disposiciones sensoriales pero, al mismo tiempo, objetivamente es un marginal, queda más o menos fuera del mundo del trabajo, se lo asiste con ayuda social, está fuera de la vida colectiva por sus dificultades para desplazarse y por infraestructuras urbanas frecuentemente mal adaptadas. Y, sobre todo, cuando se atreve a salir, lo acompaña una mirada de miradas, a veces insistentes, miradas de curiosidad, de disgusto, de angustia, de compasión, de reprobación. Como si el hombre con una discapacidad tuviera que provocar, a su paso, el comentario de cada transeúnte.

Nuestras sociedades occidentales hacen de la discapacidad un estigma, es decir, un motivo sutil de evaluación negativa de la persona. Por otra parte se habla de "discapacitado" como si en su esencia de hombre estuviera el ser un "discapacitado" más que el "tener" una discapacidad. En la relación con él se interpone una pantalla de angustia o de compasión que el actor sin problemas se esfuerza por no revelar. "Al individuo estigmatizado se le pide que niegue el peso del fardo que lleva y que nunca deje creer que, por llevarlo, pudo convertirse en alguien diferente de nosotros; al mismo tiempo, se le exige que se mantenga a una distancia tal que podamos sostener sin problemas la imagen que tenemos de él. En otras palabras, se le aconseja que se acepte y que nos acepte, como agradecimiento natural por una tolerancia que nunca le otorgamos del todo. Así, una aceptación fantasma está en la base de una normalidad fantasma" (Goffman, *Estigma*, p. 124)

El contrato tácito que preside el encuentro entre un hombre que tiene una discapacidad y un hombre "que se vale por sí mismo" se sostiene en el hecho de que acuerdan mutuamente en fingir que la alteración orgánica o sensorial no crea ninguna diferencia, ningún obstáculo, incluso si la relación está secretamente obsesionada con este punto que, a veces, adquiere dimensiones formidables.

En las condiciones comunes de la vida social, etiquetas sobre el cuerpo rigen las interacciones. Circunscriben las amenazas que pueden provenir de lo que no se conoce. Jalanan puntos de referencia que dan tranquilidad al desarrollo del intercambio. El cuerpo diluido en este ritual debe pasar desapercibido, reabsorberse en los códigos y cada actor debe poder encontrar en el otro, como en un espejo, sus propias actitudes y una imagen que no lo sorprenda ni lo asuste. Ya hemos visto que el borramiento ritualizado del cuerpo es admisible socialmente. El que de manera deliberada o por defender su cuerpo deroga los ritos que puntúan la interacción provoca molestia o angustia. El hombre tributario de una discapacidad que salta demasiado a la vista rompe la regulación fluida de la comunicación. Lo desconocido es difícil de ritualizar: ¿cómo abordar a ese hombre sentado en una silla de ruedas o con la cara desfigurada? ¿Cómo reaccionar ante la ayuda eventual el ciego al que se quiere ayudar a cruzar la calle o el parapléjico que tiene dificultades para bajar de una vereda con la silla? Frente a estos actores, el sistema de

expectativas no es más admisible, de pronto, el cuerpo aparece con una evidencia indiscutible, se vuelve embarazoso, deja de estar borrado por la buena marcha del ritual. Se vuelve difícil negociar una definición mutua de la interacción fuera de los puntos de referencia habituales. Un "juego" sutil se inmiscuye en el encuentro y genera la angustia o el malestar. Esta incertidumbre no le ahorra nada al hombre con una discapacidad que en cada nuevo encuentro se pregunta cómo será aceptado. Para él, todo encuentro es una nueva prueba, provoca una duda sobre cómo será recibido y aceptado por el otro en su dignidad. El actor que dispone de su integridad física tiene una tendencia a evitar provocarse un malestar desagradable.

La imposibilidad de poder identificarse físicamente con él es el origen de todos los prejuicios que puede encontrar un actor social en su camino: porque es viejo o está moribundo, enfermo, desfigurado, o tiene una pertenencia religiosa o cultural diferente, etc. La alteración se transforma socialmente en estigma, la diferencia engendra el diferendo. El espejo del otro ya no sirve para iluminar el propio. A la inversa, su apariencia intolerable cuestiona por un momento la identidad propia al recordar la fragilidad de la condición humana, la precariedad inherente a toda vida. El hombre que tiene una discapacidad recuerda con una fuerza vinculada únicamente a su presencia, el imaginario del cuerpo desmantelado que acecha en muchas pesadillas. Crea un desorden en la seguridad ontológica que garantiza el orden simbólico. Las reacciones frente a él tejen una sutil jerarquía de miedo. Se clasifican según el índice de derogación de las normas de apariencia física. Cuanto más visible y sorprendente es la discapacidad (un cuerpo deforme, parapléjico, una cara desfigurada, por ejemplo) más provoca socialmente una atención indiscreta que va del horror al asombro y, de este modo, son más netas las diferencias en las relaciones sociales. La discapacidad, cuando es visible, atrae formidablemente las miradas y los comentarios, se convierte en un operador de discursos y emociones. En estas circunstancias, la tranquilidad que puede tener cualquier actor en sus desplazamientos y en el desarrollo de su vida cotidiana se vuelve un honor, un certificado de buena conformidad. El hombre que sufre una discapacidad visible no puede salir fuera de su casa sin provocar la mirada de todos. Esta curiosidad sin descanso es una violencia tanto más sutil cuanto que se ignora a sí misma en cuanto tal y se reanuda con cada transeúnte que pasa.

El hombre minusválido es un hombre con un estatus intermedio, un hombre del entredós. El malestar que genera se relaciona también con esa falta de claridad que rodea su definición social. No es enfermo ni goza de buena salud; no está muerto ni totalmente vivo; no está fuera de la sociedad ni dentro de ella. Su humanidad no provoca dudas y sin embargo, va en contra de la idea habitual de lo humano. En este terreno, la ambivalencia de la sociedad es una especie de réplica a la ambigüedad de la situación, a su carácter durable e incomprensible. (p. 77 a 79.)

Responde:

- 1) Te pedimos que sintetices la idea principal del fragmento en un párrafo.
- 2) Las afirmaciones de Le Breton ¿guardan relación con tus primeras preguntas?
- 3) ¿Qué nuevas preguntas podrías formular luego de la lectura del fragmento?

Bibliografía:

(posible lectura para recomendar a lxs estudiantes y continuar la secuencia)

Fraser, Nancy (2008) “La justicia social en la era de la política de identidad: redistribución, reconocimiento y participación” En *Revista de Trabajo*, Año 4, Número 6, Agosto - Diciembre 2008, pp. 83-99. Disponible en: http://trabajo.gob.ar/downloads/igualdad/08ago-dic_fraser.pdf

A partir del texto de Fraser se puede reflexionar acerca de políticas de redistribución y reconocimiento respecto de la discapacidad, y vincular con posibles transformaciones de la sociedad que describe Le Breton.